

TÍTULO DE LA PONENCIA: ¿Los Estados Democráticos Apoyan Transiciones Democráticas? La Paradoja de la Primavera Árabe

AUTOR: Oscar Vidarte Arévalo
ovidarte@pucp.edu.pe
Pontificia Universidad Católica del Perú

ÁREA TEMÁTICA: Relaciones Internacionales

Trabajo preparado para su presentación en el VII Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, organizado por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP). Bogotá, 25 al 27 de septiembre de 2013

RESUMEN

La Teoría de la Paz Democrática considera a la democracia como un aspecto fundamental para comprender el desarrollo de relaciones pacíficas entre los estados. Sin embargo, los estados democráticos no parecen estar necesariamente comprometidos con las transiciones democráticas, las mismas que deberían significar el primer paso hacia la democracia en países con poca experiencia en la materia.

En tal sentido, ya sea tratándose por la ausencia de valores o instituciones democráticas, por la posibilidad de que surjan guerras o conflictos internos, o por estar frente a procesos que buscan libertades más que una democracia propiamente dicha, los países democráticos demuestran tener una política racional con intereses de largo y corto plazo, es decir, sin dejar de considerar la importancia del interés de la comunidad internacional por contar con un mundo más pacífico, también van a tener en cuenta sus propios intereses sobre todo aquellos relativos a su seguridad, primando estos últimos.

Utilizando ejemplos propios del mundo islámico, especialmente aquellos vinculados con los países implicados en la Primavera Árabe, se va a demostrar el débil compromiso de los países democráticos para promover y apoyar transiciones democráticas.

INTRODUCCIÓN

Aunque la Teoría de la Paz Democrática ha sido muy criticada, pocos son aquellos que no reconocen a la democracia como un régimen que promueve relaciones pacíficas entre los estados. Y aunque se puede discrepar si realmente el conflicto, en su peor expresión la guerra, puede desaparecer de las relaciones entre países democráticos, máxima de dicha teoría, es difícil negar su cada vez mayor importancia para la disciplina de las Relaciones Internacionales¹.

Pero, ¿esto significa que los estados democráticos, en aras de un mundo más pacífico, deban fomentar procesos de democratización? Si bien Michael Doyle no llega a afirmar que un objetivo de la Paz Democrática sea la promoción de regímenes democráticos allí donde no los hay, es tal su admiración, que parece una consecuencia deseable: “the domestic successes of liberalism have never been more apparent. Never have so many people been included in, and accepted the domestic hegemony of, the liberal order; never have so many of the world's leading states been liberal, whether as republics or as constitutional monarchies. Indeed, the success of liberalism as an answer to the problem of masterless men in modern society is reflected in the growth in the number of liberal regimes from the three that existed when Kant wrote to the more than forty that exist today” (Doyle 2008: 80).

¹ Es así que resulta de gran trascendencia lo señalado acerca de la democracia por el Sheikh Salman al-Awdah, saudita, líder salafista y como tal, representante del islamismo más conservador: "might not be an ideal system, but it is the least harmful, and it can be developed and adapted to respond to local needs and circumstances" (Zelin 2012).

En todo caso, ¿acaso no parece racional que los estados democráticos, preocupados por su seguridad, tiendan a promover la democracia en los diferentes países? Sin embargo, en la práctica internacional esto no ha quedado muy claro, más aun cuando los países suelen priorizar otro tipo de intereses, llevándolos no solo a sostener gobiernos autoritarios, sino también a colaborar en golpes de estado contra gobiernos democráticos. Cabe recordar el importante papel que EE.UU. desempeñó para el ascenso al poder de Augusto Pinochet en Chile en 1973 y en la ruptura del orden constitucional en Venezuela el año 2002.

La presente investigación tratará de explicar, utilizando la Teoría de la Paz Democrática y sus principales críticos, el comportamiento de los estados democráticos (básicamente tratándose de las potencias occidentales) frente al surgimiento de transiciones democráticas estos últimos tres años en la llamada Primavera Árabe.

DE LA PAZ DEMOCRÁTICA A LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA

La Teoría de la Paz Democrática, de naturaleza liberal, no debe ser entendida simplemente como una oda a la paz, ya que esto impediría que los estados adopten medidas que podrían implicar una afrenta a la misma –por ejemplo, una política nuclear– pero necesarias para mantener la seguridad en el sistema internacional (Doyle 2008: 74). Sin embargo, la democracia pareciera reducir la posibilidad de recurrir a la fuerza en las relaciones internacionales, sobre todo en la relación con otro país que también ostenta la democracia como régimen político.

Desde esta perspectiva Michael Doyle, siguiendo la tradición kantiana, va a establecer la existencia de una garantía de precaución y otra de respeto, fundamentales para que un estado democrático no recurra a la guerra como una opción en su relación con otro país similar. Mientras la primera hace referencia a como los ciudadanos, siendo finalmente los que deciden si la fuerza es una opción como herramienta de política exterior, no están predispuestos a utilizarla por los altos costos existentes; la segunda hace énfasis en el respeto inherente a la democracia que permite el establecimiento de relaciones pacíficas entre los países, de gran trascendencia en un mundo con tantas diferencias (Doyle 2008: 93-94).

Por otro lado, Zeev Maoz y Bruce Russett, van a preferir referirse a otras dos variables que sin ser excluyentes –una distinción conceptual clara resulta bastante compleja– también ayudan a explicar cómo la democracia determina el comportamiento de los estados con este tipo de régimen político frente a otros de igual condición. En tal sentido, sin cuestionar lo señalado por Doyle –es más de alguna forma muy similar– ambos autores van a considerar una variable institucional-estructural (el marco institucional de carácter legal y sus condicionamientos en el ámbito interno e internacional) y otra cultural-normativa (los esperados patrones de comportamiento propios de una democracia con impacto en la política exterior, por ejemplo, en materia de resolución pacífica de conflictos) (Maoz y Russett 1993: 626).

En otras palabras, desde ambos puntos de vista y aplicando estos conceptos a un análisis de índole cuantitativo, esta teoría argumenta que la paz será posible en tanto los países presenten credenciales democráticas; por tanto, un estado no democrático, un estado de

democracia reciente, o peor aún, un estado en transición hacia la democracia carecería de los elementos necesarios para referirnos a países que tienden a mantener relaciones pacíficas con otras democracias. Es decir, un país que intenta construir una democracia puede constituir un reto para los países democráticos, pues no necesariamente asegura el establecimiento de relaciones pacíficas tal y como sucede entre democracias; de ahí que, sin señalar que se traten de estados violentos en el plano internacional, los riesgos aumentan. Esto nos lleva a afirmar que no necesariamente una transición democrática genera los incentivos necesarios a los estados democráticos para promoverlas (en tanto no se dan las condiciones requeridas), produciéndose una terrible contradicción: la democracia como modelo a seguir para alcanzar la paz, sin ser promovida por los estados democráticos en aquellos países que luchan por alcanzarla debido a las inseguridades que se presentan.

Además, lo señalado no solo permitiría sostener que las democracias entre ellas no suelen iniciar enfrentamientos bélicos ni fomentar transiciones, sino que deberían tender a aliarse en defensa de la democracia y ser agresivas con países no democráticos (Gobetti 2009: 44). En esta misma línea, Kenneth Waltz preocupado por el hecho que la democracia puede promover la guerra contra estados no democráticos, apunta que la propagación de la democracia no implica, necesariamente, la reducción de las guerras en el mundo (Waltz 2005: 169). Es más, según el mismo autor, puede generarse con mucha facilidad en las potencias mundiales de carácter democrático un cierto espíritu intervencionista, de ahí que la búsqueda de paz y democracia pueden resultar causas legítimas para iniciar un conflicto bélico (Waltz 2005: 169-170). No olvidar que tratándose de la invasión a Irak el año 2003, luego del fracasar la inicial justificación de los EE.UU. respecto a la existencia de armas de destrucción masiva en dicho país árabe, el gobierno del presidente George W. Bush cambió de estrategia haciendo hincapié en la lucha por la democracia. Si bien Irak era gobernando por parte de Saddam Hussein en forma autoritaria y sin el menor respeto de las libertades, Arabia Saudita, socio de EE.UU., también podría ser criticado en este sentido.

La llamada “cultura de paz” propia de las democracias debería ser una regla, no solo en su relación con otras democracias, sino también con no democracias, pero esto no parece suceder así (Gautreaux 2012). Por el contrario, en las últimas décadas el papel internacional de las principales democracias del mundo, ha estado marcado por acciones de origen bélico en numerosas oportunidades.

Cabría señalar que el propio Immanuel Kant, principal referente para la Teoría de la Paz Democrática, de alguna manera también vio en la democracia algunos peligros. Para Kant la voluntad unificada del pueblo es fundamental, de ahí que siendo legítima, la democracia, como regla de la mayoría, permite que algunos queden excluidos (Rossi 2000: 198 y 212). Sin embargo, la misma existencia de la democracia sería factible en tanto la minoría sometida a la mayoría no sería siempre la misma y, por tanto, no se correría el peligro que el gobierno permanezca permanentemente, sino que podría fácilmente cambiar de bando en la siguiente votación (Hermosa 1989: 187).

LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA ¿UN ESCENARIO VIOLENTO?

Partiendo de la crítica existente contra la Teoría de la Paz Democrática en torno a sus limitaciones metodológicas y su reducido campo de acción (en tanto solo puede afirmar la

existencia de relaciones pacíficas entre países con regímenes democráticos), Edward Mansfield y Jack Snyder tratan de ir más allá.

Ambos autores, utilizando la misma metodología de índole cuantitativa, van a afirmar que los procesos de democratización constituyen escenarios muy peligrosos por ser proclives a la guerra, no solo en comparación con la política exterior de democracias maduras (fundamento de lo Teoría de la Paz Democrática), sino también tratándose de autoritarismos estables (Mansfield y Snyder 1995: 6), e inclusive, en menor medida, de países camino a dictaduras (Mansfield y Snyder 1995: 18).

Por un lado, debe tenerse en consideración la excesiva competencia política interna que se produce con posterioridad a la caída del régimen autoritario, la misma que hace necesario utilizar la retórica nacionalista (casi siempre frente a un enemigo externo) para movilizar a las masas (Mansfield y Snyder 1995: 7); de ahí que es posible pensar que un gobierno en apuros en un país en proceso de democratización, pueda utilizar la guerra contra un país considerado como una amenaza, con el objetivo de reforzar su prestigio, aun siendo una estrategia simple y arriesgada al mismo tiempo (Mansfield y Snyder 1995: 33).

Cabe señalar que no solo los grupos vinculados al antiguo régimen serán aquellos que tratarán de resistir frente a la posibilidad de democratizar el país, en general cualquiera que se sienta afectado por la reforma, llámense funcionarios estatales o elites económicas que puedan ver disminuir sus privilegios, tendría los incentivos para participar activamente contra el proceso (Mansfield y Snyder 1995: 24). Es más, también existirían aquellos interesados en una política bélica (en tanto los beneficios que esta puede generar), de ahí que, de acuerdo a lo señalado por Mansfield y Snyder, “many of the groups with an interest in retarding democratization are also those with a parochial interest in war” (1995: 25); obviamente estos grupos están vinculados generalmente a los sectores militares, de gran influencia en los gobiernos autoritarios del tercer mundo.

Por otro lado, esto es mucho más preocupante tratándose de regímenes institucionalmente débiles (siguiendo la línea de lo señalado por Maoz y Russett). En procesos de democratización, peor aun, en países que no han conocido la democracia a lo largo de su historia, es difícil encontrar partidos sólidos, un poder judicial independiente, ni libertad de prensa, aspectos sustanciales de cualquier democracia (Mansfield y Snyder 1995: 22). Partiendo del hecho que la práctica democrática no se adquiere de la noche a la mañana, no solo es de gran relevancia debatir acerca de la necesidad de construir institucionalidad democrática en países que han optado por este camino, sino también admitir los altos costos que esto puede significar. Si bien no se puede pensar solo en un país en transición como fuente de hostilidades, un estado con una democracia débil (en proceso), pero extremadamente nacionalista por ejemplo, puede generar temores en sus vecinos, no necesariamente en el corto plazo, más si en el largo plazo, por lo que nuevamente vamos a encontrar presentes los incentivos para el inicio de un conflicto bélico, ahora en manos, probablemente, de países con democracias estables (Mansfield y Snyder 2002: 330).

Lo señalado no quiere decir que Mansfield y Snyder se encuentren en contra de que un estado autoritario inicie un proceso de democratización, sin embargo, aunque en el largo plazo parece mejorar las perspectivas de paz, en el corto plazo habrá que considerar los

peligros de dicha transición (Mansfield y Snyder 1995: 38); de allí que ambos autores hayan asumido la existencia de dos etapas, una peligrosa, la llamada democratización incompleta, el equivalente a una transición del autoritarismo a un régimen mixto; y otra de democratización completa, el escenario ideal de transición hacia una democracia estable (Mansfield y Snyder 2002: 305). En otras palabras, la comunidad internacional debe acompañar a la promoción de transiciones democráticas con grandes esfuerzos por construir instituciones fuertes que puedan soportar las intensas demandas de las élites y políticos, antes de presionar a gobiernos autoritarios a dejar el poder o acceder a procesos electorales competitivos (Mansfield y Snyder 2002: 334). La presencia de una serie de condiciones se vuelve fundamental para el desarrollo de la democracia futura. De ahí que, más allá del debate entre si estas condiciones deben ser anteriores o darse en forma simultánea al proceso de democratización (Carothers 2007: 18-21), existen ciertas características, desarrolladas por Thomas Carothers, que facilitan cualquiera transición democrática: desarrollo económico, inexistencia de divisiones profundas en la sociedad, experiencia democrática previa y vecinos con regímenes democráticos (Mansfield y Snyder 2007: 6).

Aunque pueden encontrarse procesos exitosos de democratización en el pasado, como los casos de Alemania y Japón luego de la Segunda Guerra Mundial (Mansfield y Snyder 1995: 20) y más cercanamente los casos de Brasil, Chile, Polonia y Corea del Sur (Mansfield y Snyder 2007: 5), no se deberían minimizar los riesgos de una transición democrática que podría llevarnos al extremo de empujar a la democracia a una potencia mundial y nuclear como China. Las consecuencias posibles y los múltiples escenarios, muchos de ellos indeseables, significan un riesgo muy alto que las democracias occidentales no deberían estar dispuestas a asumir (Mansfield y Snyder 1995: 36).

Desde otra óptica, Vipin Narang y Rebecca Nelson van a afirmar que la relación entre una democracia en transición y la guerra no se pueda inferir de la información que utilizan Mansfield y Snyder, sino por el contrario, los conflictos bélicos que involucran a estados en proceso de democratización suceden ocasionalmente (Narang y Nelson 2009: 359 y 364). De esta forma, tomar previsiones frente a lo que no suele ocurrir en un país en proceso de democratización, corre el riesgo de desencadenar conflictos producto de los dilemas en seguridad que pueden surgir, independientemente de la transición (Narang y Nelson 2009: 377).

Esto no implica que las transiciones democráticas sean pacíficas ni carentes de riesgos; más bien, ambos autores manifestarán que, si bien no existe evidencia que demuestre la posibilidad de ocurrencia de conflictos externos, no sucede lo mismo a nivel interno (Narang y Nelson 2009: 376). De ahí que sea posible prever que los países en transición sean vulnerables a problemas de carácter interno, tal y como sucedió en el conflicto de la ex-Yugoslavia en la década del noventa. Ahora, tratándose de un conflicto interno, también pueden darse consecuencias que no servirán en el intento de construir relaciones estables con los países vecinos, tales como una masiva ola de refugiados, la presencia de grupos radicales que pueden aprovechar la oportunidad para consolidarse, entre otros.

No estaremos frente a un conflicto internacional, pero al ser la democracia una lucha constante por poder, la transición aumenta el conflicto antes que generar estabilidad, siendo

el origen de esta situación turbulenta y desordenada factores de carácter externo e interno que deberán ser considerados (Rada 2012: 425-429).

Mansfield y Snyder van a llegar a una conclusión similar al referirse a escenarios bélicos internacionales producto de transiciones democráticas. Desde su punto de vista, existen factores culturales, sociales e históricos (Mansfield y Snyder 2002: 328), incluyendo el entorno internacional donde se desarrollan los procesos de democratización (Mansfield y Snyder 1995:36), que influyen el surgimiento de una guerra y que deberán tenerse en cuenta al momento del análisis. Este aspecto es de gran relevancia en Medio Oriente, por ejemplo, para comprender la relación entre Israel y los países vecinos.

En todo caso, según Francis Fukuyama, la violencia parece ser algo natural tratándose de la construcción de estados –aspecto íntimamente vinculado al proceso de democratización– como lo ha demostrado la sociedad occidental en los últimos siglos (2007: 12-13). La demanda de instituciones se ha debido, en algunos casos, a un grave suceso como una revolución o una guerra –como ha sido el caso de EE.UU. luego de la guerra civil, las dos guerras mundiales y la Guerra Fría– culminando casi siempre con éxito (Fukuyama 2004: 59-60).

LA PRIMAVERA ÁRABE Y LA DEMOCRACIA

Teniendo en cuenta su reducida experiencia en la materia, referirse a la existencia de valores democráticos en las sociedades de los países que se han visto inmersas en la llamada Primavera Árabe es poco probable. Pero, ¿podemos decir lo mismo respecto a su institucionalidad?

Institucionalidad democrática es imposible de hallar en estos países. Más bien, estamos frente a estados que han llevado a cabo procesos electorales nada competitivos, con candidato único y resultados increíbles (en Egipto Hosni Mubarak ganó las elecciones de 2005 con el 88.6% de los votos, mientras que en Siria Al Assad venció en las elecciones de 2007 con el 97,6% de los votos). Esto los hacía dignos de pertenecer a ese grupo de estados considerados por el Index of Democracy de The Economist referido al 2010 (año de inicio de la Primavera Árabe) como “regímenes autoritarios”: Egipto (puesto 138), Túnez (144), Yemen (146), Siria (153) y Libia (158), de un total de 167 países. Lamentablemente para los fines de la Teoría de la Paz Democrática ese mismo ranking señala que solo existen 30 países con “democracia plena”, siendo las otras dos categorías: “democracias defectuosas” y “regímenes híbridos”.

Sin embargo, en un artículo reciente de setiembre del 2012, Mansfield y Snyder parecen tener cierta confianza en los procesos de democratización de Túnez y Egipto, a diferencia de la situación de países como Libia o Siria. La principal razón que encuentran para tal afirmación sería la existencia de algún nivel de institucionalidad, lo cual puede comprobarse utilizando indicadores como la percepción de calidad de los servicios y de la administración pública, la credibilidad del gobierno, entre otros; información obtenida a partir de los Indicadores Mundiales de Gobernabilidad del Banco Mundial (Mansfield y Snyder 2012: 727). Pero, ¿es esto cierto? La realidad de Egipto post-Morsi nos diría lo muy equivocados que se encontraban ambos autores. En un país fracturado y al borde de la guerra civil,

parece que el ejército egipcio, a pesar de las fuertes críticas en relación a su participación represiva en los disturbios a inicios del año 2011, emerge, frente al fracaso político de los Hermanos Musulmanes, como la única institución sólida, y poco democrática, capaz de sostener a dicho país. En otras palabras, Mansfield y Snyder no solo dejan de considerar la débil institucionalidad democrática existente en estos países, sino también olvidan la ausencia de las condiciones necesarias para pensar en un proceso democrático exitoso de acuerdo a lo expresado por Carothers.

Posiblemente la razón por la cual el proceso tunecino pueda parecer un poco más ordenado se encuentra en que, desde antes del inicio de la crisis, Túnez era considerado por occidente como un país donde invertir, con estabilidad y competitividad, además de contar con menores restricciones políticas. De todas formas, la profunda división interna –aspecto central según Carothers para pensar en un futuro proceso democrático– se encuentra presente en casi toda la región, ya sea entre islámicos y laicos (Túnez y Egipto)², sunitas y chiitas (Siria), producto de diferencias tribales (Libia) o intentos secesionistas (Yemen), haciendo muy difícil cualquier transición. Además, no se debe dejar de considerar el bajo nivel de desarrollo económico de este grupo de países, la nula experiencia democrática previa y la ausencia de vecinos con regímenes democráticos.

En defensa del aporte de Mansfield y Snyder y partiendo de la premisa que toda democracia requiere un amplio nivel de legitimidad, más aun tratándose de transiciones hacia la democracia, cabe decir que la posibilidad que alguno de los gobiernos de dichos estados pueda utilizar a Israel como instrumento para construir su legitimidad (tal y como ya ha sucedido en el pasado) sería una cuestión a considerar (Ates 2012). Obviamente esta coyuntura aumentaría la posibilidad de un conflicto internacional. Sin embargo, luego de tres años, y a pesar de la existencia de un alto nivel de competencia política en los países que participan activamente en la Primavera Árabe, una débil institucionalidad y la ausencia de las condiciones para pensar en la consolidación de la democracia en el futuro en dichas sociedades, todavía no han estallado conflictos de carácter internacional, aunque si conflictos de carácter interno.

En tal sentido, Narang y Nelson tendrían razón al mostrar mayor preocupación por el escenario interno. Por lo menos eso es lo que sucedió en Libia y lo que viene ocurriendo en el caso sirio, mientras que los temores por una situación similar continúan en países como Egipto, Túnez y Yemen. Pero de ahí a suprimir por completo la posibilidad de un conflicto externo, en tanto existe una difícil historia común e intereses por parte de los diferentes estados (sean de la región o potencias mundiales) que se ven comprometidos debido a los cambios que se están produciendo, es aún demasiado alentador.

El conflicto en Siria, por ejemplo, ha producido a julio de 2013, según cifras del Alto Comisionado para los Refugiados de las Naciones Unidas, 1.8 millones de refugiados, los cuales en su mayoría se encuentran en el Líbano, Jordania, Turquía, Irak y Egipto. ¿Acaso

² Mansfield y Snyder minimizan este dato, señalando que Túnez y Egipto cuentan con un alto nivel de lealtad a sus instituciones (¿?), además de no poseer divisiones étnicas, tribales o sectarias políticamente paralizantes (2012: 728).

no es posible prever una situación insostenible que lleve a un país a reaccionar? ¿Hasta cuándo podrán soportar estos países las 6,000 personas diarias que abandonan Siria?

Asimismo, parece comprensible que el temor al contagio, la desconfianza por el ascenso al poder de grupos que representen intereses contrarios (por ejemplo, tratándose de organizaciones radicales) o el aumento del comercio de armas (en su mayoría de carácter ilegal), puedan generar dilemas de seguridad y la adopción de medidas que impliquen el riesgo de un conflicto internacional. Narang y Nelson parecen desconocer todas las implicancias que un conflicto interno puede tener en materia internacional; en otras palabras, el proceso de democratización podría no ser sustento del surgimiento de guerras entre estados, pero si los conflictos internos que ellos mismos han afirmado pueden suceder en este tipo de contextos. No sería extraño que Al Assad, en última instancia ante una inminente derrota, recurra a internacionalizar el conflicto sirio, haciendo lo posible por hacer partícipes del mismo a Israel e Irán.

Un caso curioso es el de Yemen, pues siendo uno de los países más pobres e inestables de la región de la región (según el Índice de Estados Fallidos desarrollado por el Fondo por la Paz y Foreign Policy el 2009 se encontraba en el puesto 18 y el año 2012 en el puesto 8, siempre por debajo de los otros cuatro países referidos), está sabiendo salir de la violencia a través de un acuerdo negociado (la llamada Conferencia de Dialogo Nacional) bajo el auspicio del Consejo de Cooperación del Golfo. Pero, ¿qué países conforman esta organización? Bahrein, Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudita, Omán, Qatar y Kuwait ¿Acaso no son países poco o nada democráticos? Importante es resaltar que también resulta extraño el apoyo económico que Qatar brindó al régimen islámico de Mohamed Morsi, así como el respaldo de Arabia Saudita, Kuwait y Emiratos Árabes Unidos a los golpistas egipcios, demostrando en ambos casos la existencia de otro tipo de intereses, no relacionados con la promoción de la democracia.

Esta situación debería plantearnos una pregunta adicional: ¿los países implicados en la Primavera Árabe están comprometidos con un futuro democrático? Peter Rada afirma que las masas que ocuparon las calles en el mundo árabe se oponían a la tiranía, pero no necesariamente demandaban por democracia al estilo occidental (Rada 2012: 2). En esta misma línea, siendo aún más radical, Michael Totten señala que “in the medium term, the number of genuinely liberal democracies to emerge in the Arab world is likely to be one or zero” (Totten 2012). Esto último concuerda con lo expresado por el historiador Eric Hobsbawm: si bien puede considerarse un fracaso la Primavera Árabe en tanto no existirían muchas esperanzas de una democracia liberal en el mundo árabe, en el mediano plazo puede ser un éxito en tanto se habrá conseguido avances liberales, justamente el principal objetivo de las protestas (Hobsbawm, citado por BBC Mundo 2011).

Esto último es fundamental, pues muchos de los países de la región que ven como una amenaza el hecho que la Primavera Árabe siga expandiéndose, han tomado a cabo medidas en este sentido, liberales más no democratizadoras. Por ejemplo, a partir de los sucesos que iniciaron el año 2011 Marruecos emprendió una serie de reformas que llevaron al rey Mohamed VI a elaborar una nueva Constitución (aprobada vía referéndum en julio de 2011, increíblemente, por el 97.6% de los votos). Sin embargo, contrariamente a lo que señala dicho marco normativo, según Ann Harrison, directora adjunta del Programa Regional para

Oriente Medio y el Norte de África de Amnistía Internacional, continua la violación a los derechos a la libertad de expresión, manifestación pacífica y asociación (ABC 2013). Además, afirmar que Marruecos constituye un ejemplo de democracia, donde el rey tiene un peso muy importante en la toma de decisiones, es todavía iluso. De ahí que resulte particular lo señalado por el ministro español de Asuntos Exteriores, José Manuel García-Margallo, en una reciente visita oficial del rey de España en julio de 2013, afirmando que Marruecos ha escogido el camino correcto para avanzar en una transición hacia la democracia, semejante a la vivida en España décadas atrás (El Economista 2013). Esto último parece haber sido confirmado por el mismo rey Juan Carlos al expresar que “Marruecos es hoy un ejemplo muy valioso de apertura y de estabilidad” (El País 2013).

No queda claro si España realmente se encuentra apoyando un proceso de transición democrática en el país magrebí o ayudando a la permanencia y estabilidad del régimen de Mohamed VI, monarca preocupado por la turbulencia del escenario regional que pone en riesgo su permanencia en el poder. En todo caso, en los últimos años, el Index of Democracy de The Economist siempre ha considerado a Marruecos en el límite entre un país con un “régimen autoritario” y uno con un “régimen híbrido”, aunque con algunas libertades: 2010 (puesto 116), 2011 (119) y 2012 (115).

OCCIDENTE EN LA ENCRUCIJADA

En el libro “In Support of Arab Democracy: Why and How” publicado por el Council of Foreign Relations el año 2005, se hace referencia a la importancia que debe significar para la política exterior de los EE.UU. promover la democracia, sobre todo en el mundo árabe, y trascender la simple celebración de elecciones periódicas a pesar de los riesgos existentes (Cook 2005: 3-4). Pero, ¿fomentar la democracia en estos países es una decisión racional? En otras palabras, ¿es conveniente para el logro de los intereses de EE.UU. y sus socios occidentales?

En las últimas décadas, en el discurso político estadounidense al más alto nivel, es fácil comprobar como la promoción de la democracia en el mundo se va consolidando como un aspecto de gran importancia, tanto para los demócratas como los republicanos. En esta línea, el ex-presidente de los EE.UU., Bill Clinton, afirmó en el Discurso del Estado de la Unión de 1994 lo siguiente: “...the best strategy to ensure our security and to build a durable peace is to support the advance of democracy elsewhere. Democracies don't attack each other” (Washington Post 1998); de igual forma, otro ex-presidente, George W. Bush, desde otra esquina de la política estadounidense, va a señalar algo muy similar el año 2004, ahora en una conferencia sobre el tema de Medio Oriente y acompañado por el ex-primer ministro británico Tony Blair: “And the reason why I'm so strong on democracy is democracies don't go to war with each other” (The White House 2004).

Sin embargo, si esto fuera cierto, ¿cómo entender la alianza de EE.UU. con países como Egipto, Pakistán y Arabia Saudita durante años? ¿Por qué Israel, el principal socio de EE.UU. en Medio Oriente y una de las pocas democracias en dicha región, atacó al Líbano el año 2006, siendo esta otra democracia? O ¿por qué Israel no apoyó desde un inicio a los rebeldes sirios que pelean contra el régimen autoritario de Al Assad, uno de sus principales enemigos en la región?

Aunque la Segunda Guerra del Líbano del año 2006 tuvo su origen en acciones llevadas a cabo por la organización terrorista Hezbollah y no el estado libanés, probablemente el secreto para entender este enfrentamiento bélico desde la lógica de la Teoría de la Paz Democrática, parte por considerar al Líbano como una democracia incipiente o frágil, este último término utilizado por George W. Bush para justificar la acción realizada por Israel (El Mundo 2006).

De la misma forma, tratándose de Siria, el régimen de Al Assad garantizaba cierto nivel de estabilidad. Aunque las diferencias entre Israel y Siria producto de la Guerra de Yom Kippur (1973) nunca fueron resultas, siendo un tema central el reclamo sirio por los Altos del Golán, la frontera permaneció en relativa calma. Es más, a mediados de la década parecen haberse dado una serie de reuniones secretas a fin de poder llegar a un Tratado de Paz, las mismas que no han culminado lamentablemente debido al inicio del conflicto sirio.

Justamente, la guerra civil en Siria significa para Israel algo sumamente peligroso en el corto plazo, frente a lo que puede representar el ascenso de sectores radicales al poder (Frente Al-Nusra) o el acceso a armas químicas por parte de grupos como Hezbollah (aliados de Irán y del gobierno sirio). La idea de Israel al inicio de las protestas no debe haber pasado por promover la democracia, sino por minimizar los riesgos preservando el statu quo. Un año después la situación cambió por completo, el avance rebelde y la profundización del caos en Siria han llevado a Israel a intervenir en el conflicto pero pensando en sus intereses y no en la lucha por mayores libertades en el país árabe.

En este sentido, de acuerdo a lo visto desde la teoría, parece existir un consenso acerca de considerar a la democracia como un aspecto central que tiende a desarrollar relaciones pacíficas y cooperativas entre los países, siendo racional que los estados democráticos promuevan la democracia en aquellos que no lo son; pero en las circunstancias descritas, esta lógica de largo plazo, se enfrenta a un objetivo más importante de corto plazo, la búsqueda de seguridad. Descontextualizando una de sus más famosas frases, es muy probable que John Maynard Keynes haya tenido la razón al señalar que en el largo plazo estaremos todos muertos.

Si bien todavía no se han dado conflictos interestatales a gran escala producto de la Primavera Árabe, los conflictos civiles internos generan mucha inestabilidad y grandes problemas a los países vecinos y aquellos que siendo de otros continentes tienen intereses en dicha región. Es así que, luego del 11-S, uno de estos intereses se encuentra vinculado a frenar el avance del islamismo radical, el cual puede fortalecerse en un contexto democrático. De esta forma, no resulta casualidad que el apoyo hacia una política exterior que deba promover la democracia se haya reducido en la población de EE.UU. de 52% el 2005, 45% el 2006, a 37% el 2007 (Fukuyama y McFaul 2007: 24). Después del ataque al consulado estadounidense en Bengasi (Libia) el año 2012, seguramente estos porcentajes deberían ser aún más preocupantes.

Este escenario permite comprender por qué países como Francia e Italia apoyaron a regímenes autoritarios y extremadamente corruptos como el de Túnez (Ben Ali) y Libia (Gadafi) respectivamente. Es más, en el caso francés, ya iniciada la revuelta tunecina,

increíblemente la ministra de Relaciones Exteriores Michèle Alliot-Marie llegó a ofrecer ayuda para que el gobierno del estado árabe pueda hacer frente a los disturbios importándole poco el proceso que se había iniciado en dicho país. En el caso de Italia, la cercanía entre Berlusconi y Gadafi se comprueba con la firma del Tratado de Amistad, Sociedad y Cooperación (2008), el cual se centraba en temas energéticos y en materia de inmigración, ambos de vital importancia para la seguridad del país europeo. Parece claro que el interés de la comunidad internacional en favor de un mundo más pacífico termina estando supeditado a los intereses nacionales de los estados. Seguramente, los estados tienen más de un objetivo, haciendo difícil saber con claridad cuál es el interés nacional de un país, fundamental para definir si estamos frente a una política exterior de carácter racional o no (Hill 2003: 118-119); sin embargo, parece quedar claro que las democracias que intervienen en la Primavera Árabe tienen objetivos a corto y a largo plazo, de ahí que aunque resulte racional su comportamiento en el corto plazo, acaban contradiciendo los objetivos a largo plazo. Claro, el problema surge no solo por colaborar para que el régimen autoritario se mantenga, sino propiamente por no ser de gran ayuda frente a un proceso de democratización.

Otro ejemplo, ajeno a la Primavera Árabe, es la intervención de los EE.UU. en Afganistán. El derrocamiento del régimen talibán, el cual permitió privar a Al Qaeda de su principal base de operaciones, no es resultado del proceso de democratización del país, sino producto de los intereses estratégicos de EE.UU. en esa zona del mundo post 11-S (Fukuyama y McFaul 2007: 26). Más bien, el proceso de transición en Afganistán ha tenido muchos problemas, de ahí que el último año EE.UU., ante la inminente salida de la OTAN del país asiático, haya buscado por todos los medios un acercamiento con el movimiento talibán a fin de encontrar una solución política a una situación insostenible de más de una década. Esto último demuestra que el interés actual de EE.UU. pasa por la estabilidad de la región y no propiamente por la promoción de la democracia en Afganistán.

Por otro lado, existen quienes piensan que la política exterior de países como EE.UU. se encuentra más influenciada por la moralpolitik que la realpolitik. Según el director del Consejo Europeo de Relaciones Exteriores, Mark Leonard, el hecho que EE.UU. y las democracias occidentales tengan como condición previa a las conversaciones de paz para poner fin al conflicto sirio la salida de Al Assad, y no que este sea un tema a debatir, es una muestra de la primacía de la moralpolitik (Leonard 2013). Puede tener algo de razón y seguramente es necesaria una cuota de mayor pragmatismo para pensar en una solución a la crisis siria, pero también se ha demostrado la importancia de los intereses nacionales de los países democráticos en este tipo de situaciones (sobre todo en materia de seguridad) y no los de la comunidad internacional. Esta es la mayor muestra de realpolitik que puede existir.

A pesar de lo señalado, no debemos concluir que solo se debe tener relaciones con otras democracias, ya que esto no habría hecho posible a EE.UU. cooperar con la Unión Soviética de Joseph Stalin de cara a lo que fue la Segunda Guerra Mundial (Fukuyama y McFaul 2007:36), aunque en este caso también se encontraba en juego la paz y la libertad del mundo. Asimismo, no solo las potencias mundiales mantienen relaciones cordiales con países marcadamente autoritarios, también sucede esto en los países del mundo en desarrollo. Por ejemplo, en la última cumbre América del Sur – Países Árabes (ASPA)

celebrada en la ciudad de Lima el año 2012, no existió ninguna crítica frente a la ausencia de libertades y competencia electoral en los estados árabes, por el contrario, predominó el interés por hacer negocios; es más, un país como el Perú firmó un acuerdo de cooperación con el Consejo de Cooperación del Golfo, el cual, como se señaló anteriormente, está conformado por un grupo de los países más autoritarios de Medio Oriente. Esta propuesta no significa romper relaciones y regresar a los tiempos de la fallida Doctrina Betancourt, pero definitivamente debería existir un replanteamiento acerca de lo que significa promover la democracia en países autoritarios y en contextos de transición, y su relación con el interés nacional de los estados.

Irónicamente, también se señala que la existencia de vínculos estrechos con estados no democráticos podría facilitar una transición hacia la democracia, pues los efectos de las sanciones serían de gran consideración, de ahí que el hecho que EE.UU. no tenga comercio o inversiones en Irán o Cuba, permite que cualquier sanción contra estos países no sirvan de ayuda a las fuerzas pro-democracia al interior de los mismos (Fukuyama y McFaul 2007: 37). Obviamente esto implica admitir que los países democráticos pueden promover la democracia en países que no lo son profundizando la cooperación económica, lo cual no significa otra cosa que aumentar los costos en dichos países frente a una eventual pérdida de dichos beneficios si no adoptan reformas democráticas. Sin embargo, esta postura en la práctica no parece muy consistente, en tanto los regímenes autoritarios se aprovechan de esa ayuda para consolidarse en el poder.

La problemática descrita se presenta más compleja al encontrarnos frente a sociedades que podrían no desarrollar la democracia, al tratarse esta de un régimen político propio de la civilización occidental y no de otras civilizaciones (Huntington 1997: 232); de ahí que la Primavera Árabe podría no ser expresión de un proceso de democratización, sino solo un reclamo por mayores libertades (como ya se ha señalado), pudiendo acabar en la consolidación de gobiernos de índole autoritario y liberal al estilo de Singapur. Es curioso que, mientras occidente ha buscado que los países árabes imiten el modelo turco, supuestamente laico y democrático, el 2013 la crítica giró en torno a la evidencia de prácticas autoritarias y un supuesto proceso de islamización de Turquía promovido por el gobierno de Recep Tayip Erdogan.

En todo caso, sea cual fuese el final del proceso, toda transición hacia la democracia (aun fallida) podría generar grandes dilemas en materia de seguridad a corto plazo, desarrollando los incentivos necesarios en los estados democráticos para no apoyar dichos procesos, como se ha visto de alguna forma en el mundo islámico en la última década. Nadie niega la importancia de la democracia, la cual tiende a desarrollar relaciones más pacíficas y hacer del mundo un mejor lugar, pero en el corto plazo eso no pareciera que vaya a suceder.

BIBLIOGRAFÍA

ABC

2013 “La Primavera Árabe se marchita en Marruecos dos años después”. *Abc.es*. 21 de febrero. Consulta: 19 de julio de 2013.

<http://www.abc.es/internacional/20130221/abci-marruecos-aniversario-protestas-201302201813.html>>

ATES, Davut

2012 “Is ‘democratic peace’ attainable in the Middle East?” *Hurriyetaidailynews.com*. 9 de febrero. Consulta: 19 de Julio de 2013.

<http://www.hurriyetaidailynews.com/is-democratic-peace-attainable-in-the-middle-east-.aspx?pageID=449&nID=13325&NewsCatID=396>>

BBCMUNDO

2011 “Eric Hobsbawm: 2011 "me recuerda a 1848...". *Bbc.co.uk*. 31 de diciembre. Consulta: 19 de Julio de 2013.

http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2011/12/111229_primavera_arabe_hobsbawm_revolucion_pea.shtml>

CAROTHERS, Thomas

2007 “Misunderstanding Gradualism”. *Journal of Democracy*. Vol. 18, N°3.

COOK, Steven (project director)

2005 *In Support of Arab Democracy: why and how?* New York: Council on Foreign Relations.

DOYLE, Michael

2008 “Kant, Liberal Legacies, and Foreign Affairs, Part I”. En HORTON, Keith y Thomas POGGE. *Global Ethics. Seminal Essays*. St. Paul (EE.UU.): Paragon House.

EL ECONOMISTA

2013 “El rey, "motor de cambio" hacia la democracia en la Transición, ejemplo en Marruecos”. *Ecodiario.economista.es*. 17 de julio. Consulta: 19 de julio de 2013.

<http://ecodiario.economista.es/espana/noticias/4999763/07/13/El-rey-motor-de-cambio-hacia-la-democracia-en-la-Transicion-ejemplo-en-Marruecos-.html>>

EL MUNDO

2006 “Bush ve a Irak y el Líbano como democracias frágiles con un enemigo común: el terrorismo”. *Elmundo.es*. 15 de agosto. Consulta: 22 de julio de 2013.

<http://www.elmundo.es/elmundo/2006/08/15/internacional/1155599731.html>>

EL PAIS

2013 “El Rey a Mohamed VI: “Marruecos es un ejemplo de apertura y estabilidad”. *Elpais.es*. 17 de julio. Consulta: 19 de Julio de 2013.

http://politica.elpais.com/politica/2013/07/16/actualidad/1373988483_198366.html>

FUKUYAMA, Francis

2007 “Liberalism versus State-Building”. *Journal of Democracy*. Vol. 18, N°3.

- FUKUYAMA, Francis y Michael MCFAUL
2007 “Should Democracy be Promoted or Demoted?” *The Washington Quarterly*. 31:1.
- FUKUYAMA, Francis
2004 *La construcción del Estado. Hacia un Nuevo Orden Mundial en el Siglo XXI*.
Barcelona: Ediciones B.
- GAUTREAUX, Sergio
2012 “Examining the Democratic Peace Hypothesis: A Neorealist Critique”.
International Policy Digest. 26 de abril. Consulta: 13 de Julio de 2013.
<<http://www.internationalpolicydigest.org/2012/04/26/examining-the-democratic-peace-hypothesis-a-neorealist-critique/>>
- GOBETTI, Zeno
2009 “Una revisión de la teoría de la paz democrática”. *Revista CS. Universidad ICESI*.
Cali, N° 3.
- HERMOSA, Antonio
1989 “La Concepción Kantiana de las Relaciones Internacionales”. *Revista de Estudios
Políticos (Nueva Época)*. Madrid: N° 64.
- HILL, Christopher
2003 *The Changing Politics of Foreign Policy*. Hampshire: Palgrave Macmillan.
- HUNTINGTON, Samuel
1997 *El Choque de Civilizaciones y la Reconfiguración del Orden Mundial*. Barcelona:
Paidós.
- LEONARD, Mark
2013 “¿Tiene agallas las democracias con Siria?” *Diario El País*. Lima, 10 de junio, p.21.
- MANSFIELD, Edward y Jack SNYDER
2012 “Democratization and Arab Spring”. *International Interactions: Empirical and
Theoretical Research in International Relations*. 38:5.
- MANSFIELD, Edward y Jack SNYDER
2007 “The Sequencing Fallacy”. *Journal of Democracy*. Vol. 18, N°3.
- MANSFIELD, Edward y Jack SNYDER
2002 “Democratic Transitions. Institutional Strength, and War. *International
Organization*. Vol. 56, N°2.
- MANSFIELD, Edward y Jack SNYDER
1995 “Democratization and Danger of War”. *International Security*. Vol. 20, N° 1.
- MAOZ, Zeev y Bruce RUSSETT

1993 “Normative and Structural Causes of Democratic Peace, 1946-1986”. *The American Political Science Review*. Washington, Vol. 87, N° 3.

NARANG, Vipin y Rebecca NELSON

2009 “Who are these belligerent democratizers? Reassessing the impact of democratization on war”. *International Organization*. Vol. 63, N° 2.

RADA, Peter

2012. “Rethinking the “democratic peace theory”: turbulent democratization in North Africa and the Middle East and the external dimension”. En MAJER, Marian, Robert ONDREJCSÁK y Vladimir TARASOVIČ (eds.). *Panorama of global security environment*. Bratislava: CENAA.

ROSSI, Miguel Angel

2000 "Aproximaciones al pensamiento político de Immanuel Kant". En BORON, Atlio (comp.). *La filosofía política moderna. De Hobbes a Marx*. Buenos Aires: FLACSO.

THE WASHINGTON POST

1994 “1994 State of the Union Address”. *Washingtonpost.com*. 25 de enero. Consulta: 22 de Julio de 2013.

<<http://www.washingtonpost.com/wp-srv/politics/special/states/docs/sou94.htm>>

THE WHITE HOUSE

2004 “President and Prime Minister Blair Discussed Iraq, Middle East”. *Georgewbush-whitehouse.archives.gov*. 12 de noviembre. Consulta: 22 de Julio de 2013.

<<http://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2004/11/20041112-5.html>>

TOTTEN, Michael

2012 Arab Spring or Islamist Winter? *World Affairs Journal*. Enero/febrero 2012. Consulta: 19 de Julio de 2013.

<<http://www.worldaffairsjournal.org/article/arab-spring-or-islamist-winter>>

WALTZ, Kenneth

2005 “El Realismo Estructural después de la Guerra Fría”. En KAHHAT, Farid (comp.). *El poder y las relaciones internacionales. Ensayos escogidos de Kenneth N. Waltz*. México D. F.: CIDE.

ZELIN, Aaron

2012 “Democracy, Salafi Style”. *Foreign Policy*. 20 de julio. Consulta: 10 de Julio de 2013.

<http://www.foreignpolicy.com/articles/2012/07/19/democracy_salafi_style>